

Dificultad de un balance

Sería prematuro y presuntuoso intentar un balance del Concilio. Nuestro Emmo. Cardenal lo ha expresado con una linda metáfora: "A semejanza de las montañas, cuya magnitud se aprecia mejor desde la lejanía, sólo en los siglos por venir podrá advertirse la grandeza de este Concilio, llamado a alcanzar una trascendencia incalculable en la vida de la Iglesia y de la humanidad entera."

Sin embargo, a ojos vistas, se puede afirmar que su activo es imponente: quizá ningún otro ha tenido un haber tan positivo. Alguna meta ha sido limitada, pues existía el problema, dramático para el Papa, de llevar adelante por los nuevos caminos a toda la Iglesia, con su tradición y sus fermentos renovadores. Así y todo, es un gigantesco paso hacia adelante. Si no se han recorrido todos los kilómetros previstos, lo importante es que se ha tomado una dirección; otros pasos se harán más tarde. Ya existen algunos instrumentos permanentes para el post-Concilio, otros serán creados en tiempo oportuno; lo esencial es que nunca más se volverá atrás en este avance que ha salvado siglos.

No basta hacer la cuenta de los textos aprobados o sumar las muchas novedades: se necesita esperar para ver sus frutos. El balance está en la conciencia de los católicos y en las ideas que en estos cuatro años se han venido sembrando dentro y fuera de la Iglesia. Con los cristianos no católicos se ha iniciado el diálogo y se han borrado enemistades. El muro de separación ha caído; los ejércitos están todavía separados, pero ya no se combaten: se terminó el odio. Como bien lo había previsto el P. De Lubac: "En el dominio espiritual todo esfuerzo tiene su eficacia, toda voluntad seria de acercamiento es ya un paso hacia la reunión... pues la disposición a la unidad acerca efectivamente porque aumenta la caridad, que es por sí misma unificante." A todas las religiones no cristianas la Iglesia ha dicho palabras nuevas, proclamando su respeto y eliminando fórmulas denigrantes; a todos los hombres los Padres han manifestado que todo sufrimiento humano es un sufrimiento también de la Iglesia, que todo hombre derribado por el hambre o la guerra es motivo de luto y de remordimiento para los católicos. En fin, en el Concilio Vaticano II la Iglesia no ha pronunciado sentencias ni echado anatemas: ha buscado el dar más valor a sí mismo y más confianza a los hombres, recordándoles que Dios existe para todos y todos cuentan para Dios. Y ha proclamado también una confianza en los hombres, a los que Dios no negará su gracia salvífica.

Todo esto está muy bien, pero nuestro gozo no debe darnos la ilusión de que todo se acabó y que de ahora en adelante lo único que debemos hacer es ponernos a la ventana y esperar que los árboles frutales plantados por el Concilio fructifiquen. Cuidado, mucho cuidado, porque ahora es cuando el Concilio se nos puede echar a perder. Al concluirse las sesiones públicas y al ratificar el Soberano Pontífice las Constituciones elaboradas y aprobadas por los Padres Conciliares, el que será considerado el magno acontecimiento de este siglo no se acabó; es precisamente ahora cuando inicia su tarea más ardua.

OPINIONES DE UN LAICO

EL CONCILIO NO

EMPIEZA

El Vaticano II ha tenido, hasta la fecha, tres etapas: el anuncio, cuando el mundo entero (y no sólo los católicos) cayó en la cuenta de que el Concilio era algo que todos esperaban sin saberlo; la inauguración, un espectáculo inolvidable que con su concurrencia de Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos de todos los países del mundo dio la demostración física y geográfica de la universalidad de la Iglesia de Pedro; las discusiones libérrimas, que aventajaron a los más democráticos congresos, criticando, modificando y, en fin, ratificando con votación de sistema mayoritario las Constituciones Apostólicas. Ahora empieza la cuarta etapa, la más larga, la más delicada, la más difícil: traducir la sustancia del Concilio en íntimo convencimiento de los fieles (y por eso se necesita explicarla e interpretarla mediante una propaganda extensa y laboriosa en todos los sectores); realizar los cambios individuales y colectivos de métodos y estructuras, necesarios para dar a la Iglesia una nueva configuración de acuerdo con el tiempo en que hemos sido llamados a vivir.

En esta etapa estamos empeñados todos: Jerarquía, clero, órdenes religiosos y laicos. Depende de nosotros que las normas conciliares no se queden en el papel, sino que se conviertan en sangre y vida de la Iglesia;

HA TERMINADO

AHORA

Renzo Ricciardi

recae en todos nosotros la responsabilidad de no transformar lo que en las tres primeras etapas ha sido un éxito triunfal, en un lastimero fracaso. El gran Sínodo romano ha elaborado el plano de la Ciudad de Dios para el próximo futuro; ahora los técnicos, los maestros de obras, los albañiles y los peones debemos poner manos a la obra y llevarlo a la realidad. Mucho cuidado, porque las fuerzas del mal están empeñadas en sabotear el proyecto. Por gracia de Dios, ningún cisma, ninguna herejía, amenaza en este momento a la Iglesia, como en otros tiempos, pero el peligro que se cierne sobre ella es mucho más grave: la indiferencia de los bautizados, el apego a devociones rutinarias que se consideran tradición, el materialismo que mata toda espiritualidad, las distintas formas del ateísmo (tal vez inadvertidas por parte de los que siguen considerándose cristianos) a través de un culto idolátrico al Estado, al partido, a la técnica, al bienestar y al placer. De las dos, una: o el Evangelio, presentado en forma inteligible, es decir, apta a la mentalidad del hombre de hoy, hace impacto y cala otra vez en las conciencias, las costumbres y las leyes de los pueblos, o el Concilio habrá sido una gran llamarada que irá apagándose poco a poco como un fuego de artificio. Los próximos diez años representan el período crucial

durante el cual o el germen del Vaticano II dará, con la ayuda de Dios y nuestra activa e incansable cooperación, una mies asombrosa, o se volverá estéril e infecundo. Si queremos cosechar cantando, empecemos a sembrar con sudor y con lágrimas.

La tarea de los seglares

Como en los tiempos apostólicos, a nosotros está reservado un papel de suma importancia.

No es el momento de abrir el libro de las quejas, pero por algunos siglos hemos sido mantenidos, arrinconados y sumidos en una pasividad deprimente. Después del Concilio de Trento la Iglesia, considerándose en estado de sitio, había puesto el acento exclusivamente sobre el deber de obediencia de los seglares. Esto era necesario para poner coto al tan cacarado "libre examen" de nuestros hermanos separados que hacía de todo laicos un teólogo y un exégeta de los Libros Sagrados; pero, en los tres siglos sucesivos, tuvo como consecuencia el desinterés de los fieles por los grandes problemas teológicos, pastorales y de apostolado, pues todo su papel se limitaba a cumplir pasivamente con sus deberes religiosos y la tendencia a encerrarse en sí mismos con sus devociones particulares, el único campo donde se les dejaba libre iniciativa: lo que ocasionó el florecer de ciertas formas de culto de dudosa ortodoxia, tal vez rayanas en superstición, que ahora cuesta trabajo erradicar.

El Código de Derecho Canónico de 1917 ignoró a los seglares que, sin embargo, como bautizados, participan en el sacerdocio único de Cristo: sacerdocio místico, por supuesto, y no ministerial como el de los clérigos (I Pedro, 4, 10. Enc. *Mediator Dei* de Pío XII, 15-12 1948). Luego vino Pío XI con la Acción Católica y la obra de los Pontífices sucesivos para estimular y enaltecer la misión de los laicos y sus distintas formas de apostolado. No obstante, una de las fallas en la preparación del Concilio ha sido la falta de consulta del clero y de los laicos, que sin duda habría sido de enorme utilidad para que el Ordinario llevase al Concilio la experiencia y el anhelo de toda su grey, purificados en su corazón de Pastor por el fuego del Espíritu Santo. Que ahora tal omisión no se repita; aunque, para justificarla, se podrían citar las necesidades que, a propósito de las primeras innovaciones salidas del Concilio, hemos leído en la prensa diaria por parte de seglares cultos y piadosos, pero a todas luces ignorantes de la doctrina y de la historia de la Iglesia.

La Constitución sobre el papel de los laicos en la Iglesia recomienda el establecimiento de Consejos Diocesanos en los que clero, religiosos y seglares deben colaborar en la misión evangelizadora y en actividades sociales y obras de tipo temporal. Prácticamente es cuanto se venía haciendo desde hace tiempo también en nuestras diócesis a través de las múltiples manifestaciones del apostolado seglar. Me parece demasiado poco; con justa razón esta Constitución ha sido criticada por tímida e incompleta, y es una consecuencia evidente de la lamentada ausencia de los laicos en las Comisiones que prepararon los esquemas que debían ser llevados a la consideración del Concilio.

Los Ordinarios, sin salirse de las pautas de la Constitución, deben interpretarla con cierta amplitud de criterio y aprovechar las fuerzas que tienen bajo su mando para la renovación de la Iglesia auspiciada por el Vaticano II.

El dinamismo del Concilio era contagioso; pero, al volver a sus pesadas cargas pastorales y administrativas, ¿los Obispos tendrán el mismo brío para transfundir y vivificar en el espíritu de sus rebaños lo que está en la letra de los textos conciliares? Una tarea aterradora por su magnitud, pues abarca los campos más variados: empezando por los programas de estudio de los Seminarios (menos apologética y más economía política y sociología, una apertura más amplia en la exégesis escriturística, estudio de la patrología y teología orientales, revisar cuidadosamente los textos de la historia de la Iglesia, integrar cuidadosamente la teología tomista tradicional en las nuevas corrientes intuicionistas, etc.) y continuando con la liturgia, las obras de apostolado y la renovación de la catequesis a través de todas las formas (escritas, auditivas y visuales) de los modernos medios de comunicación. Hoy en día los factores de corrupción penetran en todos los ambientes, y hasta en los hogares, a través de los periódicos, las revistas, los libros, el cine, la radio, la televisión. Sirviéndose de los mismos medios, es necesario hacer llegar el contraveneno a los que no frecuentan habitualmente las iglesias; y por eso son necesarios nuevos métodos, presentaciones interesantes para evitar que la gente no lea el artículo, no compre el libro, escoja otra película, cierre la radio o cambie el canal.

Ayudando a la Jerarquía

También los seglares tenemos que colaborar en tan trascendental faena, poniendo el hombro en los campos donde nuestra actividad pueda resultar positiva y eficaz o por nuestra competencia específica o por el ambiente donde los sacerdotes no tendrían facilidad de acceso.

Para no quedar en lo genérico me atrevería a proponer, entre otras cosas, la institución de Semanas Sociales, que tan buenos frutos han producido en otros países, a celebrarse cada año en una distinta ciudad de Venezuela. Claro que se necesita una larga y cuidadosa preparación y una selección rigurosa de prelados, religiosos y seglares (hombres y mujeres) que puedan útilmente participar en las discusiones o presentar ponencias, escogiendo cada año el Episcopado nacional el argumento entre los grandes temas del Vaticano II.

Otras iniciativas para estimular el interés y un mayor conocimiento de los argumentos religiosos en el pueblo cristiano podrían ser: la fundación de un Premio Nacional del Libro Católico (historia, ensayo, biografía, teatro, novela, poesía, etc.), reservado alternativamente a los laicos y a los clérigos; festivales anuales o bienales que asocien conciertos de música religiosa y también folklórica con representaciones de obras teatrales antiguas y modernas (autos sacramentales, Calderón, Lope de Vega, Tirso de Molina, Claudel, Eliot, Bernanos, Gheón, Pemán, Fabbri, etc.). Sé

que todo esto cuesta mucho dinero, pero los problemas económicos siempre acaban por solucionarse. Por ejemplo: si las funciones y los conciertos se realizan al aire libre, adonde pueden tener acceso miles de personas, y con los derechos de reproducción que pueden recabarse mediante acuerdos con los canales de la TV, el gasto podría ser cubierto sin dificultad. Además, estos festivales podrían volverse con el tiempo también una atracción turística y justificarían una contribución de la Dirección de Turismo para su fomento.

En fin, para integrar las misiones realizadas hasta hoy en los barrios populares de la ciudad, sugiero la oportunidad de ir a pregonar el Evangelio en los barrios residenciales, en los clubes de las personas pudientes, que también son hijos de Dios y necesitan quizá más que la gente humilde oír que les recuerden las verdades eternas. ¿No se arriesgó Paulo VI a ir a echar su sermón en las Naciones Unidas, donde la mayoría de los países integrantes no son católicos y tampoco cristianos? Una franca discusión sobre los límites y la responsabilidad de la riqueza en el plan de la Providencia creo que haría bien a muchas personas, inclusive a ciertos empresarios que, según informan revistas extranjeras, subvencionan las guerrillas en nuestro país. (Entiendo que estas contribuciones sólo representan una prima de seguro para evitar que sus fábricas, depósitos y almacenes de venta reciban perjuicios; sin embargo, aun prescindiendo del hecho que ayudan a cavar el foso donde mañana podrían ser precipitados, este dinero podría ser utilizado con mucho más provecho mejorando las condiciones de los trabajadores y confiando a ellos mismos, por equipos de turno, la vigilancia y la custodia de los bienes que representan fuentes de trabajo y bienestar para ellos mismos y sus familias.)

Manos a la obra, pues, todos juntos, porque el Concilio se salva *nunc et nunc*, aquí mismo y ahora. A pesar de todos los pesares, ésta es una de las épocas más interesantes de la historia: por el mundo que se ha vuelto pequeño, por los pueblos que se sienten más cercanos; por el diálogo ecuménico. A propósito: mucho cuidado y mucha paciencia en nuestras relaciones con los hermanos separados que en Iberoamérica se demuestran muy campeadores. Paciencia, mansedumbre y, sobre todo, caridad. Y nunca olvidarse de la respuesta que dio Cristo a sus discípulos que recelaban de los que obraban prodigios como ellos: "Quienes no están contra nosotros, con nosotros están." (Mc. 9, 40); aunque no lo sepa o no lo crea.

Como dijo Juan XXIII en 1935, cuando era Delegado Apostólico en Estambul: "Se ha dicho con acierto que el mundo antiguo, el mundo de Homero y de Julio César, no ha terminado aún de morir; así la civilización cristiana, la Iglesia de Cristo, no ha terminado aún de nacer"; porque es una realidad dinámica, un cuerpo en continuo crecimiento bajo el impulso del Espíritu Santo. ¿Cuánto habrá contribuido a su desarrollo el gran Sínodo recién concluido?

Todos advertimos por muchas señales que hemos llegado a un recodo de la historia. El Concilio Vaticano II ha dado la hora al mundo con un adelanto de un siglo: todos, cristianos o no, si no quieren estar atrasados, tienen que arreglar sus relojes.